

Juventud, movilización social y prácticas políticas emergentes en América Latina: manifestaciones estudiantiles recientes en México y Chile¹

Igor Israel González Aguirre²
igor.gonzalez@academicos.udg.mx

Resumen

Sin duda el campo político formal, encarnado por los partidos políticos, y expresado en los procesos electorales, está erosionado. En América Latina esto trae consigo un doble proceso. Por una parte, los ciudadanos jóvenes tienden a alejarse de la dimensión instituida de lo público y estabilizan su subjetividad en la esfera privada. Por otro lado, la arquitectura de la subjetividad se convierte en un asunto político que reconfigura lo público. En otras palabras, la dimensión socioafectiva de la vida social se torna en un dispositivo político. Esto se observa, por ejemplo, en los casos de México (#YoSoy132, Ayotzinapa) y Chile (Movimiento estudiantil, Protestas en contra de la desigualdad social), entre otros. En estos países, a la par de las movilizaciones más o menos convencionales emergen, también, tanto nuevas prácticas políticas como nuevos lugares en los que lo político se condensa. En esta intervención se exploran dos preguntas centrales: ¿Cuáles son algunos de

1 Fecha de recepción: marzo de 2020. Fecha de aceptación: mayo de 2020.

2 Departamento de Estudios sobre Movimientos Sociales, Universidad de Guadalajara. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8608-0130> Twitter: @I_gonzaleza

los núcleos temáticos que interpelan a las juventudes latinoamericanas? Y ¿qué prácticas políticas emergentes ponen en marcha estos sectores poblacionales? Las respuestas a estas preguntas permitirán, sin duda, comprender con mayor precisión las transformaciones que experimenta el campo político contemporáneo, y dibujar los contornos liminares de una esfera pública evanescente.

Palabras clave: Juventud, Movimientos sociales, América Latina, Prácticas políticas emergentes

Abstract

The institutionalized political field, constituted around political parties and electoral processes, is eroded. In Latin America, this sets in motion a double process. On the one hand, young citizens tend to move away from the instituted dimension of the public. At the same time they stabilize their subjectivity in the private sphere. On the other hand, subjectivity becomes a political issue that affects the configuration of the public sphere. In other words, the socio-affective dimension of social life has become a political device. This is observed, for example, in the cases of Mexico (#YoSoy132 2012, Ayotzinapa 2014), Chile (Student Movement of 2011, Protests against social inequality in 2019), among others. Alongside conventional mobilizations, new political practices and new political places emerge. This intervention addresses two central questions: 1. What are some of the issues that mobilize Latin American youth?; and 2. What emerging political practices does youth carry out? The answers to these questions will allow us to understand the transformations that the contemporary political field. Similarly, these responses make it possible to trace the liminal contours of an evanescent public sphere.

Keywords: Youth, Social Movements, Latin America, Emerging Political Practices

A modo de introducción

Antes de comenzar vale la pena hacer una precisión: en esta intervención se pone el énfasis más en los planteamientos teóricos y metodológicos que en los referentes empíricos a los que apunta. En otras palabras, aquí se expone una propuesta analítica que pretende contribuir al debate en torno a la movilización social contemporánea. De ahí que remite a casos particulares en los que de una u otra forma está involucrado el sector juvenil. Así, se puede sostener desde ya, a manera de hipótesis, que bajo la perspectiva de amplios sectores de la juventud, el campo político formalmente instituido, es decir, aquel encarnado por los partidos políticos, y expresado en los procesos electorales, está erosionado. Esto implica que con distintos niveles y diversas intensidades, en América Latina se observa que la capacidad instituyente del Estado se ha desgastado.

Lo anterior trae consigo un doble efecto. Por una parte, las y los ciudadanos jóvenes tienden a alejarse de la dimensión formal de lo público y buscan estabilizar su subjetividad en la esfera privada. Por otro lado, en un sentido inverso, resulta cada vez más evidente que la arquitectura de la subjetividad se convierte en un asunto político que, desde lo aparentemente privado, incide en la reconfiguración de lo público. Lo anterior puede ser leído en clave política, y colocado como un elemento fundamental para comprender la construcción de un régimen político con rasgos como los que están presentes en algunos de los países latinoamericanos, los cuales se debaten entre una democracia de corte electoral y un autoritarismo de facto. Dicho de otro modo: la aparente apatía de la juventud, sumada al profundo desencanto que generan los asuntos públicos entre este sector, podrían concebirse como factores significativos para el entendimiento de lo político hoy.

Frente al agotamiento de las vías tradicionales a las que los sujetos pueden acceder para incidir en los procesos de toma de decisiones emergen, en consecuencia, tanto nuevas prácticas políticas como *otros* lugares en los que lo político se condensa. Entre estos otros lugares el cuerpo -en tanto arena política- adquiere una relevancia inusitada (González, 2009). Así, de modo particular, algunos jóvenes de la región latinoamericana han puesto en marcha diversas estrategias que les han permitido, en distintos grados, participar en la arquitectura de lo político. Ello desde lugares que se encuentran relativamente “fuera” de los contornos convencionales de la dimensión formalmente instituida. Tales estrategias van desde la movilización social a través de los modos ya conocidos (amplificados por la

incorporación de la variable tecno-digital a sus repertorios), hasta la postulación de la ironía, el hartazgo, y el desencanto contra el campo político en general (independientemente de partidos o de políticos en particular) como un fuerte posicionamiento político.

Ante un panorama como éste, con esta intervención se busca indagar algunos de los aspectos de las movilizaciones relativamente recientes llevadas a cabo en México y Chile. Particularmente aquellas que cuentan con un importante componente juvenil. Para ello colocamos dos preguntas que se revelan como coordenadas centrales para la discusión: ¿cuáles son los núcleos temáticos que acuerpan hoy a las juventudes latinoamericanas de modo que éstas se movilizan? ¿Qué prácticas políticas emergentes ponen en marcha estos sectores poblacionales; y qué medios utilizan para ello? Las respuestas a estas preguntas permitirán, sin duda, comprender con mayor precisión las transformaciones que experimenta el campo político contemporáneo, y dibujar los contornos liminares de una esfera pública evanescente, y en pleno proceso de cambio. Y por supuesto, también arrojan luz sobre los mecanismos desde los que hoy se construye o se oblitera socialmente la democracia.

Prácticas políticas emergentes y el re-ensamblaje de lo social

“Algo esencial está cambiando esencialmente”, observaba Ignacio Lewkowicz (2004: 19) al referirse a lo que él denominaba como la “migración del soberano”. En otras palabras, este filósofo e historiador argentino –quien desafortunadamente murió de modo prematuro unos meses después de haber publicado su segundo libro- se refería a dos de los grandes procesos que caracterizan nuestro presente: 1. La transfiguración del ciudadano en consumidor; y 2. La conversión de los Estados nación en entidades técnico administrativas. Esta especie de “alquimia” institucional, de metamorfosis jurídica, inauguraría lo que el citado autor bonaerense definía –en *Pensar sin Estado*– como “la era de la fluidez”. Recurrir a Lewkowicz es fundamental hoy debido a que las coordenadas conceptuales derivadas de su perspectiva constituyen una mirada crítica que posibilita el análisis de una amplia cantidad de problemas contemporáneos. Entre éstos está, sin duda, el agotamiento de la institucionalidad vigente y la producción de prácticas políticas emergentes.³

3 Dentro de los límites de esta intervención ¿qué se entiende por prácticas políticas emergentes? En principio puede decirse que éstas se sitúan por fuera o en los márgenes del campo político formalmente

Uno de los lugares en los que esta nueva “gran transformación” se observa con mayor claridad es, sin duda, el campo político. Los cambios que éste experimenta van desde el creciente desinterés que suscita su dimensión formalmente instituida (i. e. procesos electorales, partidos políticos, personajes de la política, etc.) hasta el surgimiento de nuevos lugares alrededor de los que lo político se condensa. De ello se derivan tanto profundas crisis de legitimidad y severas rasgaduras del tejido social, como la oportunidad para “el retorno de lo político”, por decirlo *à la* Mouffe (1993), es decir, para el reconocimiento de la pluralidad y el conflicto como factores productivos (por lo menos en términos analíticos) inherentes a todas las sociedades. En otras palabras: el agotamiento de la institucionalidad vigente produce las condiciones de posibilidad para la postulación de arenas políticas inéditas, tales como la producción de la subjetividad, la gestión del cuerpo, la ludicidad y el goce, etc.; todos ellos vistos como factores políticos anclados en la dimensión socioafectiva de la vida social. Así, en el centro de esta especie de “ruptura del vínculo en la política” a la que ya hiciera referencia Badiou (2005), se colocan dos elementos cruciales: 1. La proliferación de procesos organizativos de asociación colectiva en todo el orbe; y 2. La incorporación de la variable tecnológica a dichos procesos, específicamente el uso intensivo y extensivo de las tecnologías de la información y la comunicación/las tecnologías del conocimiento y del aprendizaje (TIC/TAC; particularmente las plataformas virtuales para la socialización, tales como *Facebook* y *Twitter*) (Melgaço y Monaghan, 2018) (Ávalos, 2018).

Ahora bien, ¿cuáles son algunos de los efectos que produce lo anterior? La revisión del debate actual en torno a la movilización social podría ofrecer algunas posibles respuestas a esta interrogante. Así, en principio, puede decirse que en el ámbito de los Movimientos Sociales Contemporáneos (MSC) opera un desplazamiento del plano de lo real a un espacio de orden más bien simbólico (Lim, 2018) (Masquelier, 2013) (Lamizet, 2010). En otras palabras, cabe sugerir que, por una parte, los movimientos sociales de *antaaño* (i. e. sindicalismo; movimientos urbano populares) solían desplegarse en un espacio físico, concreto, y ponían en marcha estrategias confrontativas dirigidas a un “enemigo” con

instituido. En apariencia son coyunturales; aunque, no obstante, hacen un eco significativo en la dimensión estructural de la vida sociopolítica. De manera particular dichas prácticas aluden a aquellas relaciones de poder que dejan una impronta sobre la esfera pública y, por ende, son susceptibles de ser “leídas” en clave política.

contornos más o menos discernibles (casi siempre encarnado por el Estado y sus aparatos). En cambio, *hoy*, los MSC (i. e. aquellos que apuestan por reivindicaciones vinculadas con los derechos de tercera generación) pueden verse como cajas de resonancia en las que reverberan –de manera fragmentaria y muchas veces efímera– la diversidad de temáticas que interpelan a los sujetos. Dichos movimientos se convierten cada vez más en instancias productoras de sentidos y significados, cuyo campo de acción es de naturaleza performativa y, por ende, transitan recursivamente entre lo privado y lo público; entre la localización más minuciosa y la globalización más rizomática. Son fácilmente identificables como prácticas políticas emergentes.

La movilización social contemporánea puede concebirse así como un espacio en el que convergen actores y temáticas de origen diverso, incluso contradictorio. Es un ámbito del que se entra y sale de manera fluida y estratégica en función de las interpelaciones y resonancias que éste suscita. Sobra decir que desde Rorty (1991) hasta Latour (2005), la producción académica en torno a esta especie de “reticulación” de la sociedad es, cuando menos, abundante. La traducción de lo anterior al plano de los movimientos sociales contemporáneos ha generado debates altamente productivos (Karatzogianni y Robinson, 2010). Desde luego, con lo anterior no se pretende afirmar que los movimientos sociales tal y como los conocíamos hayan desaparecido. Éstos tienen una existencia objetiva, palpable, y sus luchas persisten con fuerza en la actualidad. Más bien, lo que se pretende argumentar aquí es que a la par de las acciones colectivas tradicionales, de amplia envergadura, surgen otras formas de acuerpamiento social, de persecución de objetivos comunes, que se diferencian de manera sustancial de sus antecesoras.

Como lo sugirió Castells desde hace más de una década (2009; 2012): ante un proceso globalizador que homogeneiza y fragmenta, los actores sociales intentan salvaguardar su capacidad de acción y se «retiraen» al ámbito de lo local. Los antiguos sujetos monolíticos (i. e. clase obrera) tienden a insertarse en una red compleja de interacciones más o menos desterritorializada, la cual actúa «desde abajo». En última instancia la incorporación de la variable tecno-digital a los repertorios de las movilizaciones sociales contemporáneas ha permitido que éstas coloquen con mayor eficacia sus demandas y temáticas en la esfera pública. Cada vez más la fuerza de la protesta puede situarse en torno a sus habilidades comunicativas que alrededor de las “demostraciones de fuerza” en términos de la cantidad

de personas que convocan. La ocupación y apropiación del espacio público permanece como un objetivo fundamental. Solo que la naturaleza ontológica de éste se encuentra en plena transformación. En este sentido adquiere relevancia una revisión cuando menos sucinta de algunos de los elementos que caracterizan a aquello que hoy se entiende como movilización social contemporánea. La variable tecno-digital ha jugado un papel relevante en todo ello (Jenzen, Erhart, Esten-Ziya, Korkut y McGarry, 2020).

Protagonistas del presente

Los movimientos sociales muestran la existencia de un conjunto de conflictos que atraviesan prácticamente a todas las sociedades. Al mismo tiempo, representan condiciones de posibilidad para el surgimiento de una multitud de formas de actuar frente a aquello que interpela a la ciudadanía. El rango de lo que los MSC cuestionan se extiende desde el modo de utilización de los recursos naturales hasta la imposición a ultranza de determinados modelos económicos/culturales/sociales. De esta manera, como se decía más atrás, comienza a perfilarse una oposición entre un actor más o menos definido y otro cuyos límites son difíciles de aprehender. Podría decirse pues que uno de los principales rasgos de las formas contemporáneas de movilización social radica en la «difusa ubicuidad» de *aquello* contra lo que la sociedad se moviliza. En el seno de esta oposición subyace un proyecto que se presenta como un núcleo de impugnación permanente. La constitución de este proyecto alude a una serie de diversos procesos identitarios generados en la esfera de lo colectivo; pero que se cuelan también en el ámbito privado, en la producción de la subjetividad. Así, si se acepta que hay un desplazamiento de la movilización social hacia un plano de naturaleza más simbólica, puede decirse entonces que el conflicto emerge en tanto que los diversos significados que circulan en la esfera pública entran en disputa, y buscan ocupar un lugar cada vez más hegemónico. Más adelante esbozaremos algunos de los retos conceptuales y metodológicos que implica lo anterior. Por el momento basta señalar que las disputas por lo público hoy también se libran en el plano ideológico cultural (Thompson, 1998). A diferencia de épocas anteriores, dichas batallas se transmiten en tiempo real y se atestiguan por audiencias que se contabilizan en millones.

Visto así, el conflicto al que se hace referencia aquí tiene una multiplicidad de aristas y versiones. Sin embargo, se sitúa siempre entre el actor y el sistema, justo en el lugar en el que ambos convergen. Dicho lugar (analítico) es contingente, problemático, no está dado de una vez y para siempre. De este modo, la narrativa principal que atraviesa al conjunto de las prácticas políticas emergentes impugna la legitimidad de una forma de dominación social. Los movimientos sociales contemporáneos pueden ser definidos, así, como las acciones colectivas intencionales, cuyo impacto, tanto en caso de victoria como de derrota, tiende a la transformación de los valores y las instituciones de la sociedad. Al analizarlos, éstos deben ser entendidos considerando sus propios términos. De manera específica, para el estudio de los movimientos sociales actuales es necesario atender a sus prácticas (tanto discursivas como a sus modos de *hacer*) (Treré, 2018). Toda vez delimitado lo anterior, se requiere establecer la relación entre los movimientos y los procesos sociales a los que parecen estar asociados. Ello equivale a caracterizar a cada movimiento social considerando sus propias dinámicas, y su interacción con los procesos más amplios que originan su existencia, y que, en última instancia, se pretende modificar a partir de ello. Vale la pena señalar en este punto que la dimensión socioafectiva adquiere una relevancia inusitada en tanto eje que acuerpa a amplios procesos de protesta. Puede decirse pues que la preservación de la vida misma se sitúa en el centro de la conflictividad alrededor de la que se vinculan hoy las y los manifestantes (Korkut, Jenzen, McGarry, Esten-Ziya y Erhart, 2019), Rossi y Bulow, 2016), (Reed, 2014).

Así, se precisa recordar que existe un conjunto de diferencias sustanciales entre los movimientos de periodos anteriores y los más contemporáneos. Lo que opone el fin de siglo a primeras décadas del nuevo milenio es que entonces el progresismo (intelectual y político) y la acción obrera parecían estar vinculados. *Antes*, los actores sociales en movimiento eran pensados como portadores de una lógica positiva, lo que los situaba directamente como los protagonistas en el flujo de la Historia (así, con mayúscula). Con el triunfo de éstos se posibilitaría la reconciliación de la sociedad consigo misma y se superarían todas las contradicciones. Se tenía una concepción estructural acerca de la movilización social. En este contexto, serían los intelectuales quienes se encargarían de someter las prácticas sociales a la Razón, haciendo realidad el progreso y, en última instancia, le darían un «sentido» al mundo. Sin embargo, en la actualidad, esta concepción que alguna vez fuera «el faro de la

Historia» se fragmentó. En las sociedades más industrializadas —pero no exclusivamente—, comenzaron a surgir conflictos parciales, sin aspiraciones revolucionarias explícitas (por lo menos no en la acepción convencional), así como grupos de interés particulares, los cuales difícilmente podrían constituir un movimiento social en el sentido estricto del término.

De acuerdo con algunos autores (Touraine, 1998); (DeCelles, Sonenshein y King, 2019), puede decirse que en el plano de la movilización social hoy lo que se observa es una fragmentación de la acción colectiva. *Antes* se pensaba que los movimientos sociales estaban al servicio de una gran causa. *Hoy* tales movimientos no apelan necesariamente a algún modelo unitario de sociedad perfecta. *Hoy*, desde los movimientos sociales, se intenta poner fin a la intolerancia interviniendo, de manera permanente y continua, en la acción colectiva y nada más: “...la acción de un movimiento social siempre es inconclusa” —indica Touraine (1998: 105) —. De lo anterior se infiere que una de las principales diferencias —la más notable, quizá—, entre los movimientos sociales de antaño y los contemporáneos consiste en que las oposiciones antiguas (i. e. capitalistas/trabajadores) son acompañadas por la imagen de un Sujeto que libra una doble lucha, debido a la disociación entre los ámbitos cultural y económico. Estamos, pues, frente a la evolución de lo que desde finales de los noventa, en el siglo XX, se denominó como Nuevos Movimientos Sociales (NMS) (Lentin, 1999); e incluso, en fechas más recientes se les ha definido como movimientos “novísimos” (De Souza, 2004). En otras palabras, no es descabellado afirmar que en la actualidad somos testigos del surgimiento de prácticas políticas emergentes que, sin duda, inciden sobre los rasgos que adquiere el campo político contemporáneo.

Aunado a lo anterior, cabe destacar que los medios de comunicación (tradicionales y alternativos) desempeñan un papel fundamental en estos procesos. Por ejemplo, el éxito o el fracaso de movimientos como el de Los Piqueteros en Argentina, o el de Los Cocaleros en Bolivia, está asociado tanto con su capacidad para interpelar a la sociedad; como a la posibilidad de adaptarse a las condiciones de comunicación y movilización en el nuevo paradigma planteado por las TIC/TAC. La relación entre los medios masivos, los medios alternativos, y los movimientos sociales contemporáneos (MSC) se despliega por varias coordenadas. Éstas aluden a las tácticas de acción no violenta; a la legitimidad de los temas que se suscitan en torno de problemáticas globales con referentes locales específicos; a que los MSC están a la vanguardia de las tecnologías de punta, etc. Todo ello les permite la

construcción de redes transnacionales más eficientes (i. e. el caso de Acción Global de los Pueblos, *Greenpeace*, Seattle 1999, #YoSoy132, y un largo etc.). Esto es importante ya que mediante el tejido de estas redes, los grupos de base de todo el mundo son capaces de actuar de manera global, en los ámbitos más locales posibles (Latour, 2005).

En última instancia, esta esquemática y apretada exposición permite vislumbrar que, al acercarse al análisis concreto de los movimientos sociales actuales, el escenario que surge es en extremo diverso. No obstante, existe un factor común en buena parte de ellos: son de naturaleza performativa y tienden a actuar en el plano simbólico. Las disputas que suscriben radican en torno a la producción, distribución y consumo de los significados que circulan en el espacio público. Esto es así porque en cierta medida los MSC desafían los procesos actuales de globalización en nombre de las identidades que han ido construyendo. Pero este desafío se hace a partir de los recursos proporcionados por el mismo proceso de globalización (i. e. Internet). Así, los MSC se oponen a las consecuencias sociales, económicas, culturales y medioambientales a las que se ven frecuentemente sometidos. Castells señala —esperanzado— que estos movimientos “...que salpican todo el mundo están poniendo fin a la fantasía neoliberal de crear una nueva economía global, independiente de la sociedad, mediante el empleo de la arquitectura de redes informáticas...” (Castells, 2000: 132; Castells, 2009; Castells, 2012). Sólo habría que poner de relieve que al eliminar la «fantasía neoliberal» también se corre el riesgo de sustituirla por una fantasía totalitaria (i. e. Gobierno Mundial, Estado Global, etc.).

Como quiera que sea, el panorama muestra una creciente complejidad en el horizonte o contexto en el que se desarrollan los movimientos sociales de nuestro tiempo. Dicha complejidad incide en los perfiles que adoptan, por ejemplo, las configuraciones de lo que entendemos por ciudadanía y/o democracia. Resulta crucial en ello el papel que desempeñan los medios alternativos de comunicación, sobre todo lo que alude a las plataformas virtuales para la socialización (i. e. *Twitter*, *Facebook*): en la actualidad son cada vez mayores tanto la recepción en tiempo real de las noticias—mundo como el acceso desigual a discursos y productos culturales a través de dichos medios. Esto vuelve aún más complicado el panorama social para el actor. Esto ocurre en la medida en que los medios le «acercan» a representaciones que pueden estar en contradicción con los supuestos valorados de manera local. Así, se pone en crisis la legitimidad de algunas representaciones, lo cual obliga al

actor a constantes «reajustes» entre su experiencia inmediata y los discursos producidos en sitios que cada vez se perciben «menos lejanos» (Reguillo, 2002: 259). Es necesario destacar la importancia de captar, pues, los nuevos lugares de «condensación» de los significados políticos. En la actualidad se observan con mayor claridad los procesos de «re-localización» que se oponen a la desterritorialización económica y a la mundialización de la cultura [globalización]. Ello implica que los actores sociales responden a los «flujos globales» dotando de sentido a «nuevos territorios» [comunidades de sentido] (i. e. el grupo, el barrio, el colectivo cultural, la subjetividad, el propio cuerpo, etc.). Éstos “territorios” operan como un «círculo de protección» ante la incertidumbre generada por el vertiginoso «fluir del mundo», el cual supera la capacidad del actor para producir respuestas.

Finalmente, vale la pena terminar esta sección con algunas características que dotan de contenido a lo que aquí se ha definido como prácticas políticas emergentes. Particularmente de aquellas vinculadas con los Movimientos Sociales Contemporáneos que se observan en algunos países de América Latina: 1. No necesariamente parten de una composición de clase social, aunque tampoco la excluyen; 2. Se organizan en torno a demandas por el reconocimiento social y la afirmación de la identidad y la subjetividad (y no tanto por la búsqueda del poder en el sentido clásico del término); 3. El plano socioafectivo y la dimensión simbólica resultan altamente relevantes para su actuar; y 4. Son más defensivos que ofensivos (aunque esto no necesariamente se traduce en mayor vulnerabilidad o en una actitud pasiva). Así, los MSC se han convertido en verdaderos agentes de transformación social. Ello ha ocurrido en la medida en que éstos tienden a ocupar espacios en los que las instituciones tradicionales han dejado de responder a las necesidades y las demandas sociales. En última instancia, tales movimientos reflejan un replanteamiento de las formas de organización, las cuales «desbordan» los modos tradicionales de «acuerpamiento social» y, por ende, se sitúan por fuera de los límites tradicionales/formales del campo político.

Aunque cabe mencionar que más que formas novedosas de organización, lo que se tiene son «expresiones sociales organizativas» distintas. En última instancia, el contexto esbozado en los párrafos anteriores (quizá de manera poco ortodoxa) permite poner de relieve que el surgimiento de prácticas políticas emergentes ha desbordado los límites tradicionales del campo político, habilitando con ello la construcción de formas distintas de ciudadanía

(¿globales, virtuales?). Lo anterior presenta una serie de retos conceptuales y metodológicos a los que es necesario hacer frente.

Retos: conceptualizar la resistencia, repensar el desacato

El surgimiento de nuevos lugares en los que lo político se articula pone de relieve la insuficiencia de las miradas desde las que tradicionalmente se busca entender e indagar el campo político. En este sentido, se precisa la estructuración de otros enfoques que permitan discernir los contornos de lo nuevo. Hay cuando menos tres elementos que resultan cruciales para lograr lo anterior: 1. Los cambios que experimenta la noción de poder (y particularmente la idea de poder político); 2. La distinción que en estos términos resulta fundamental entre la política y lo político; y 3. La especificación de los mecanismos a través de los que pueden efectuarse lecturas políticas de diversas prácticas sociales que se sitúan, en apariencia, por fuera de la dimensión formalmente instituida del campo político. Desafortunadamente, las restricciones de espacio asociadas con este tipo de documentos no permiten profundizar como se debería en la discusión de esta triada heurística. No obstante, sí es posible ofrecer una especie de corolario, de agenda pendiente, en la que se plasmen de manera sucinta los ejes sobre los que podría transitar este debate. Repensar en su conjunto estos elementos, nos permite ampliar las posibilidades analíticas para entender de mejor manera las prácticas políticas emergentes de las que aquí se ha hablado.

Poder y poder político

Sin duda, el campo político está en plena transformación. En los márgenes de este proceso emergen fenómenos que escapan a las perspectivas más ortodoxas. ¿Qué factores dinamizan tal transformación? En principio, puede decirse que el citado campo experimenta lo que bien podría denominarse como el *efecto Foucault*. Veamos por qué. En primera instancia es innegable que toda relación social es desigual y, por ende, está atravesada por el conflicto. En otras palabras, toda relación social también es una relación de poder que puede ser leída en clave política. Si se acepta esta premisa se abren cuando menos dos interrogantes: 1. ¿El poder está en todas partes y, por ende, en ninguna (deja pues de tener pertinencia analítica

esta noción)? Y 2. ¿Toda relación social en consecuencia es también una relación de poder político? Para responder a estas preguntas se precisa explorar tanto la distinción entre la política y lo político, como postular la existencia de vasos comunicantes entre lo privado y lo público.

En este sentido, autores como Thiele (2006) hacen una distinción elemental entre dos términos que son centrales: la política y el gobierno. El primero alude, según dicho autor, al arte y la ciencia de gobernar. El segundo remite a las instituciones y procesos a través de los que son tomadas las decisiones que resultan vinculantes para la sociedad. En este sentido, la política, en relación con el gobierno, puede ser vista como el conjunto de medios empleados para organizar y regular la existencia humana en colectividad. De esta manera, Thiele (2002) encuentra elementos para aseverar que la política se encuentra prácticamente en todos los sitios en que están presentes los seres humanos. Desde nuestra perspectiva, los argumentos de este autor se concentran en la dimensión formalmente instituida del campo político. No obstante, sí permite interrogarse acerca de si el hecho de que la política esté en todas partes equivale a que todo es político. De entrada puede decirse que esto no es así. De serlo, la importancia de la política se diluiría por completo. Aunque es innegable que ésta es de naturaleza ubicua. Recordemos que la política alude a la regulación y organización de comunidades compuestas por individuos diferenciados, distintos. En tanto tales, una buena parte de lo que sucede con los sujetos ocurre en la esfera privada. En este sentido, Thiele (2002) argumenta que cierta parte de la vida no está sujeta al control político (i. e. los asuntos personales que son conducidos y evaluados entre la familia y los amigos; las decisiones que aluden a la conciencia personal y que no están sujetas al escrutinio público).

En este punto vale la pena destacar, junto con Thiele (2002), que en los países donde el gobierno se encuentra cimentado tanto en principios liberales como en un orden constitucional, las áreas concernientes a lo privado usualmente se encuentran protegidas por un conjunto de legislaciones. Ahora bien, si existe un ámbito que *debe* permanecer privado, ¿cómo es que es posible argumentar que la política es de naturaleza ubicua? En principio, Thiele (2002) sugiere como respuesta que la política determina en buena medida aquellos ámbitos de la vida humana que pueden y deben permanecer como privados. Más aún, continúa el mencionado autor, es precisamente la política la que se encarga de garantizar que tales ámbitos permanezcan, efectivamente, privados (i. e. el caso de las libertades religiosas

y económicas, en las sociedades occidentales liberales). En última instancia, la política estructura nuestras vidas. Ello en la medida en que plantea los alcances y limitaciones de nuestras actividades y relaciones (en una relación análoga, la teoría política estructura a la política al proporcionar los alcances y limitaciones normativas y conceptuales). De tal forma se puede aseverar que teorizar la política es, también, intervenir en la política. Al mismo tiempo se puede afirmar, en consecuencia, que lo personal es también político. Así, podemos concluir que toda relación social es una relación de poder. Cuando ésta deja una impronta en lo público entonces puede ser vista como una relación de poder político.

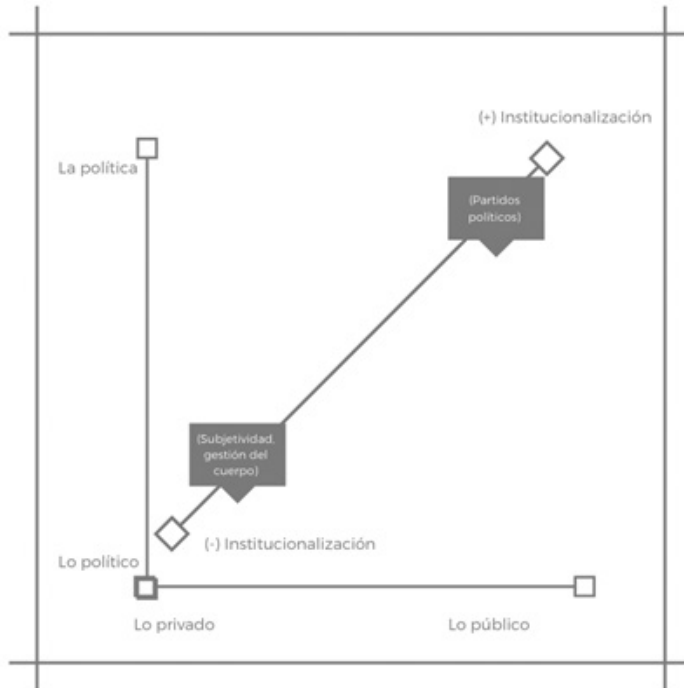
La política y lo político

De acuerdo con autores como Žižek (1998), es posible argumentar que *la política* es un complejo social separado, es decir, un subsistema social de relaciones sociales, el cual está en interacción con otros subsistemas (i. e. la economía, la cultura). Esto permite ver las dimensiones más estructurales de una sociedad. Aunado a esto hay que decir que la política se acuerpa alrededor de la dimensión formalmente instituida y está encarnada, por ejemplo, por el sistema de partidos y los procesos electorales. Por otra parte, *lo político* remite a aquellos «momentos de apertura», de indecibilidad, a partir de los cuales los sujetos cuestionan el principio estructurante o la forma fundamental del pacto social. De esta manera, la dimensión política estaría *doblemente inscrita*: por una parte, dicha dimensión es un momento del todo social, uno más entre sus subsistemas. Por otra parte, también es el «terreno» en el que se decide el futuro, en el que se define un nuevo pacto y se configura la realidad. Desde luego, la frontera entre ambos términos es de naturaleza heurística y porosa. Pero resulta útil para contextualizar, por ejemplo, el surgimiento tanto de prácticas políticas emergentes como de nuevos lugares en los que los significados de lo político se condensan.

Lo anterior queda más claro en la figura 1. Ésta representa el espacio en el que se despliega el conjunto de relaciones sociales que se establecen entre el actor y la estructura. Las coordenadas en las que dichas relaciones acontecen están marcadas por la política/lo político (eje de las Y) y lo público/lo privado (eje de las X). En el centro de la gráfica aparece una curva determinada por el grado de institucionalización involucrado en las prácticas sociales. Así, puede decirse que entre mayor es el grado de institucionalización

formal de una práctica específica, ésta estará situada en el plano de *la política/lo público* (i. e. los procesos electorales). En cambio, cuando el grado de formalización de las prácticas sociales sea menor, éstas tenderán a situarse en el plano de *lo político/lo privado* (i. e. la producción de la subjetividad; la gestión del cuerpo). A las miradas más ortodoxas que analizan el campo político estos dos ejes se les presentan como separados de manera tajante. Por ello tales miradas son insuficientes en el sentido de que se les escapan los múltiples vasos comunicantes entre lo privado y lo público, entre lo político y la política. El reconocimiento de lo anterior posibilita, en consecuencia, identificar la emergencia de prácticas políticas inéditas entre los movimientos sociales llevados a cabo de manera relativamente reciente por la población estudiantil de la región latinoamericana. Los retos conceptuales que se abren frente a estos argumentos implican, pues, la necesidad de repensar conceptos como campo político, poder político, participación, entre otros. Desde luego, ello trasciende por mucho los límites de esta intervención. No obstante, resulta pertinente traer este desafío a colación.

Figura 1. El campo político



Fuente: elaboración propia

Ahora bien, en términos metodológicos es crucial estar en guardia con respecto al riesgo de sobredimensionar lo que ocurre en las plataformas virtuales para la socialización. Es preciso evitar equiparar lo que acontece en lo virtual con lo que sucede en el ámbito real. Aunado a lo anterior, el discurso producido en las mal llamadas “redes sociales” es bastante susceptible de ser orientado e, incluso, manipulado. Dicho lo anterior, se precisa estructurar un diseño metodológico capaz de integrar, por ejemplo, una profunda documentación hemerográfica con las posibilidades que brinda la etnografía virtual. Todo ello enfocado en

la determinación de observables adecuados que den cuenta de las narrativas y gramáticas desde las que las prácticas políticas emergentes contribuyen a la reconfiguración del campo político contemporáneo, a través de los diversos procesos organizativos visibles en la región latinoamericana.

Constructores de futuro y profetas del presente

Desde principios del siglo XXI, Melucci (2001) intuía que las movilizaciones sociales de la actualidad no poseían la fuerza de los aparatos de Estado, sino que contaban más con el poder de la palabra. Hoy podemos confirmar que la dimensión simbólica de la movilización social permite pensar este tipo de acciones colectivas como instancias productoras de sentido. Esto es así porque anuncian aquello que está tomando forma en el ámbito de las preocupaciones ciudadanas, aún cuando lo que se estructura todavía no tenga una dirección ni un horizonte específico. Son, pues, cajas de resonancia que permiten tomarle el pulso al acontecer de la esfera pública. Al mismo tiempo, obligan a repensar las dicotomías clásicas, tales como Estado/sociedad civil, espacio privado/espacio público, individualismo/bien común, etc. Ello en la medida en que la acción colectiva contemporánea adopta la forma de redes de solidaridad, cargadas con significados culturales que permiten diferenciar la movilización social de los actores políticos, así como de otras organizaciones más formales, otorgándole un nuevo rostro a la política.

Bajo este marco puede decirse que por lo menos el último lustro ha estado caracterizado en mayor o menor medida por la movilización social en todo el orbe (Sancho, 2014). Desde la *Primavera Árabe* y *Los Indignados* españoles, hasta el *Occupy* originado en Estados Unidos de Norteamérica, los procesos organizativos estuvieron a la orden del día. Buena parte de éstos tuvo como protagonistas a las y los jóvenes. Desde luego, la región latinoamericana no es la excepción. En los párrafos siguientes desglosamos de manera breve algunas de las movilizaciones que constituyen el centro de la propuesta de investigación que aquí se presenta. Vale la pena aclarar que la estrategia que se siguió fue meramente descriptiva. Ello con la intención de ilustrar los argumentos expuestos hasta aquí.

Movimiento estudiantil chileno

Las manifestaciones estudiantiles en Chile, iniciadas en abril de 2011 representan uno de los primeros movimientos sociales masivos desde el golpe de Estado llevado a cabo en 1973 (Labarca, 2016) (Arrué, 2012). Al respecto, autores como Labarca (2016: 613) proponen que lo anterior puede entenderse no como algo inédito sino como una especie de resurgimiento de un marco de acción colectiva que parecía haber quedado en el olvido debido a la dictadura. Así, desde 2011 y hasta bien entrado el 2013, varios cientos de estudiantes chilenos figuraron en el escenario público internacional por sus manifestaciones en contra de la lógica del sistema educativo. Tanto en los medios convencionales como en los alternativos circulaban análisis, imágenes y posicionamientos varios en torno a este despliegue por parte de las y los estudiantes. En general se documentaban los enfrentamientos entre la ciudadanía y las fuerzas policiales chilenas, así como las marchas y expresiones creativas por parte de las y los jóvenes estudiantes. Durante casi medio año las expresiones del descontento fueron constantes. Entre los objetivos que este movimiento perseguía estaba la demanda de una profunda revisión del sistema educativo en su país. De manera específica se mostró un profundo rechazo a la lógica con la que operaba dicho sistema, puesto que éste se caracterizaba por privilegiar el lucro por encima de la calidad educativa. De acuerdo con datos proporcionados por la BBC, apenas el 25 % de la educación en Chile era financiada por el Estado. En cambio, el 75 % restante dependía por completo de los aportes de los estudiantes (Smink, 2011).

Alrededor de este movimiento se llevaron a cabo marchas masivas en prácticamente todo el país. Vale la pena señalar que la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) articuló y redactó una serie de exigencias y propuestas para la mejora del sistema educativo chileno.⁴ Entre éstas figuran: aumento al presupuesto en educación, y la igualdad de

4 La página de la Confederación es la siguiente: <https://www.cabildoconfech.cl/>. Vale la pena aclarar que ellos y ellas también se encuentran activos en su cuenta de Twitter (@Confech). Las demandas emitidas en su momento por la Confederación pueden consultarse en la siguiente liga: <https://confech.wordpress.com/2011/05/26/carta-a-ministro-lavin-26-mayo/>. Al respecto, autores como Labarca (2016: 620) señalan que el movimiento estudiantil se esforzó por incrementar el número de adherentes con los que contaba. Con ello se entiende tanto la incorporación de las universidades privadas a la CONFECH; como de otras organizaciones estudiantiles de orden técnico-profesional. La Confederación -continúa el mencionado autor- buscó aliarse con el Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas (CRUCH). Ello con la intención de dotar de mayor legitimidad al movimiento. A lo anterior se sumó una especie de

oportunidades estudiantiles con el propósito de evitar la privatización (Cañas, 2016). Este tipo de demandas fueron ampliamente difundidas en la esfera pública a través del uso intensivo y creativo de las TIC/TAC (Cárdenas, 2016) (Cabalín-Quijada, 2014). De hecho, el movimiento estudiantil chileno alcanzó notoriedad internacional con frases como “No + lucro”. Esta demanda permanece vigente (véase la figura 2). Esto se debe, en buena medida, a que, en general, las reivindicaciones del movimiento se situaban más allá de las categorías gremiales convencionales (Arrué, 2012). Al respecto, Labarca (2016: 618) plantea que, a la par de diversos estudios acerca del sistema educacional chileno, las manifestaciones revelaron la “..profunda segregación, la mala calidad y la estafa que ocultaba el sistema educacional de mercado”.

Figura 2. Movimiento estudiantil chileno



Fuente: <https://elsiglo.cl/2017/11/27/dirigentes-estudiantiles-de-la-nm-y-fa-contra-pinera/>

unidad en la diversidad a través de vínculos del movimiento estudiantil con, por ejemplo, trabajadores del cobre, el sector televisivo y la cultura.

En este sentido, uno de los aspectos fundamentales de esta movilización (y sus prácticas emergentes) radica en un importante traslado discursivo crucial: se transita del ciudadano a la persona (Arrué, 2012). Esto es significativo debido a que, tal como lo plantea la autora citada, implica un horizonte en el que los seres humanos no se definen ni por el rol que desempeñan en las relaciones de producción; ni por su vinculación con el gobierno.⁵ Un posicionamiento de este tipo se aleja de las formas convencionales de articularse como movimiento. Al mismo tiempo, con ello se anuncia la emergencia de otras formas de actuación, situadas más en el plano socio-afectivo de la vida social. Una de las entrevistas recopiladas por Arrué (2012) es clara en torno a este tópico:

“Hay que verla como a una persona nomás. No son robot que sirven para producir, no son máquinas dedicadas a producir. Hay que verla como persona, como tal. (...) Son seres iguales a ellos. Están en un nivel económico más bajo. Es la única diferencia. La persona no es considerada como verdaderamente es. La persona entre comillas porque no existe la palabra persona. Existen ricos y pobres. Lo importante no es el estatuto social sino la persona”. (Entrevista realizada por Arrué a uno de los estudiantes asociados con el Movimiento).

“Lo importante no es el estatuto social sino la persona”, dice el joven entrevistado. Esto es fundamental puesto que alude a una lógica contraria a la predominante. Tal como lo señala Arrué (2012), las y los estudiantes han colocado al individuo en el centro del escenario, han desujetado al sujeto, puesto que desde ahí se interpela a un espíritu de orden más comunitario y humanista. Más que al individualismo con el que se suele asociar a la juventud, el cual es

5 En este sentido, Labarca (2016: 619) plantea que el movimiento estudiantil no sólo difundió consignas que trascendían a sus propias demandas. También logró identificar a un agente distinto al presidente o al ministro de Educación. Así, el movimiento confrontó al Estado como institución, es decir, a aquella entidad que en teoría debería garantizar cuando menos los derechos mínimos básicos. De este modo el horizonte político del movimiento se situó más allá del carácter gremial de las reivindicaciones convencionales y se colocó en términos de la transformación del Estado en sí. En este punto vale la pena recordar la referencia que se hace a la obra de Thiele (2002). Particularmente en lo que refiere a la distinción entre gobierno y política.

de corte hedonista y aislado, se alude a un posicionamiento ético que incorpora a la alteridad y posiciona un espacio para la existencia -en el plano del ser- de las personas. En este sentido, la autora citada plantea que este espacio abre la posibilidad para la emergencia tanto de sujetos colectivos inéditos como de formas de acción y movilización poco convencionales. Así, desde un énfasis aparentemente focalizado sólo en lo educativo se postuló un fuerte cuestionamiento sistémico más amplio. Tal como lo señala Labarca (2016), este movimiento tiene cuando menos dos aristas importantes. La primera indica un cambio en la estructura de clase de la sociedad chilena, la cual fue impuesta por el modelo de desarrollo suscrito por la dictadura. La segunda remite a la capacidad de las y los estudiantes para elaborar propuestas de orden político y no permanecer solo en el plano de las reivindicaciones. Hablamos, pues, de prácticas políticas emergentes que, desde luego, tienen un anclaje histórico y se vinculan con una cultura política de movilización y asociación intensa de larga data y con un fuerte componente juvenil.

Todos somos #YoSoy132

El 11 de mayo de 2012, Enrique Peña Nieto, el entonces candidato a la presidencia por parte de la Coalición Compromiso por México (Partido Revolucionario Institucional y Partido Verde), asistió a la Universidad Iberoamericana, campus ciudad de México. Ello con el objeto de participar en el foro *Buen Ciudadano*, organizado por dicha casa de estudios. Peña Nieto buscaba informar a esa comunidad universitaria acerca de su plataforma política. Hasta esa fecha, habían transcurrido poco más de cuarenta días de campaña, y el candidato priísta se había mantenido como puntero en las encuestas. De hecho, las más conservadoras le otorgaban una ventaja de dos dígitos por encima de los otros dos candidatos (Andrés Manuel López Obrador, del Movimiento Progresista, que incluía al PRD, al PT, y a Movimiento Ciudadano; y Gabriel Quadri De la Torre, del Partido Nueva Alianza), y la candidata (Josefina Vázquez Mota, del Partido Acción Nacional).

Durante el desarrollo de la presentación de Peña Nieto, éste fue increpado por algunos alumnos de la mencionada casa de estudios. El reclamo giraba sobre todo en torno a los disturbios ocurridos en la ciudad de San Salvador Atenco, del Estado de México, a sus

vínculos con Televisa, y a su relación con la líder magisterial, Elba Esther Gordillo. Aún cuando Peña Nieto ya había finalizado su presentación, permaneció en el lugar para intentar dar respuesta a los cuestionamientos hechos por los alumnos. También, el equipo de campaña preparó un video –editado– que mostraba escenas muy distintas a lo que realmente había ocurrido en la Universidad Iberoamericana. A la par, desde el fondo del auditorio, se escuchaban gritos de “¡Asesino, asesino!”. El ánimo entre los estudiantes se fue exaltando. Para entonces, Peña Nieto había aceptado su responsabilidad en los hechos de Atenco, aunque aseveró que sus actos fueron respaldados por la Suprema Corte de la Nación. Buena parte de los alumnos comenzó a gritar repetidamente: “¡Fuera, fuera!”. Mientras tanto, el candidato priísta buscaba abandonar la sala entre gritos y silbidos de desaprobación. Fue tal la presión que Peña Nieto se vio forzado a salir por la puerta trasera de la institución educativa. Durante su trayecto hacia la salida las protestas y los reclamos se intensificaron. Por los pasillos, desbordados de estudiantes, podían escucharse consignas como: “¡Fuera Peña!”, “¡La Ibero no te quiere!” (véase la figura 3).

Figura 3. EPN en la Ibero ciudad de México



Fuente: www.vanguardia.com.mx

Al día siguiente se puso en funcionamiento una maquinaria mediática desde la que se pretendía restarle importancia a los sucesos ocurridos en la Universidad Iberoamericana. Diversos diarios de circulación estatal y nacional, sobre todo aquellos adscritos a la empresa Organización Editorial Mexicana (OEM), de claro sesgo priísta, publicaban a ocho columnas el siguiente encabezado: “Éxito de Peña en la Ibero pese a intento orquestado de boicot” (véase la figura 4). A la par, Pedro Joaquín Coldwell, entonces dirigente nacional del PRI, decía estar consternado por lo ocurrido en la Universidad Iberoamericana. “La Ibero ya no es la universidad respetuosa y crítica que solía ser”, decía Coldwell. “Un puñado de jóvenes que no son representativos de la comunidad de la Ibero asumió una actitud de intolerancia”, sentenciaba (la cita es extraída de Cervantes, 2012). Sobra decir que las dos grandes cadenas televisivas (Televisa y TV Azteca) le dieron una escasa cobertura al tema; y éste fue presentado de manera que la imagen de Peña Nieto resultara lo menos desgastada posible. Hasta aquí, todo transcurría dentro de los cauces de una normalidad democrática como la mexicana.

Figura 4. Estrategia mediática en favor de EPN



Fuente: google.com

No obstante, el 14 de mayo de 2012 la trama dio un giro inesperado: frente al intento de manipulación mediática, y frente a las acusaciones hechas por el dirigente del PRI contra los alumnos de la Ibero, 131 de los estudiantes que increparon al candidato de la Coalición

Compromiso por México (CCM), decidieron –con valentía y originalidad- emitir una respuesta. Ésta fue subida al portal de YouTube, y en pocos días ya había superado el millón de vistas. El video, de alrededor de 11 minutos de duración, comienza mostrando imágenes de la manifestación en contra de Peña Nieto. De fondo, a manera de narración, se escucha la voz del vocero del Partido Verde Ecologista de México (PVEM), Arturo Escobar. Éste plantea que aquellos que protestaron en contra del candidato de la CCM no eran ni jóvenes, ni estudiantes. A continuación se presenta la transcripción:

“Hay un grupo de... no quiero decir jóvenes. Ya estaban mayorcitos. Calculo de 30 a 35 años para arriba. Incitando. No pasaban de 20 personas. La información que se nos da al final es que grupos cercanos a Andrés Manuel López Obrador estuvieron promoviendo y organizando este tipo de actos”.

Luego, en el video, aparece, en letras rojas, la leyenda: “Los estudiantes respondemos”. Enseguida, varios alumnos de la Universidad Iberoamericana aparecen en la pantalla y leen el siguiente mensaje: “Usamos nuestro derecho de réplica para desmentirlos. Somos estudiantes de la Ibero, no acarreados, no porros, y nadie nos entrenó para nada”. Después, los 131 alumnos que participaron en este video dicen su nombre, y su código de estudiante. Al final aparece, también en letras rojas, la palabra “Gracias”. Al día siguiente el *hashtag* #131alumnosdelalbero se convirtió en *Trending Topic* a nivel nacional y mundial. Y la respuesta emitida por estos 131 estudiantes tuvo una naturaleza viral (English, Sweetser y Ancu, 2011; Tatarchevskiy, 2011; Teocharis, 2011).

La irrupción de estos jóvenes en el escenario político dinamizó lo que hasta entonces había sido una campaña electoral relativamente estable e insípida. Además, puso de relieve la brecha que existe entre el campo político formalmente instituido y buena parte de los sectores juveniles. Luego de la inesperada respuesta de los universitarios de la Ibero, y frente a la manipulación que se había hecho de los sucesos, se evidenció la importancia que tendrían los: social media en este proceso electoral. Así, el 19 de mayo de 2012 (una semana después del encuentro de Peña Nieto con los estudiantes de la Ibero) convocados a través de

medios como *Facebook* y *Twitter*, en todo el país, cerca de 200 mil personas (en su mayoría jóvenes, de diversos orígenes, de distintas preferencias políticas) salieron a las calles en por lo menos 15 de las ciudades más importantes de la República, a protestar –acción inédita en la historia reciente de México- en contra de un candidato, y a favor de un manejo imparcial de la información por parte de los medios. Así, con consignas como “¡Prensa vendida, Peña no va arriba!”, “¡Televisa te idiotiza!” “¡Ésta es la Primavera Mexicana”!, los manifestantes desfilaron por las principales avenidas de sus ciudades. En la figura 5 se observa el desarrollo de la que fue denominada como #MarchaAntiEPN en Guadalajara, en donde participaron alrededor de 3 mil personas.

Figura 5. #MarchaAntiEPN en Guadalajara.



Fuente: Igor González (2012)

La respuesta de los 131 alumnos de la Ibero tuvo un efecto impresionante: logró hacer converger un conjunto de intereses y demandas, que se extendieron como la pólvora entre algunos sectores universitarios, tanto de universidades privadas como de universidades públicas. Así, la búsqueda de una relación distinta, más democrática, entre los medios de comunicación y la sociedad, posibilitó la emergencia del movimiento #YoSoy132. El nombre

de este movimiento –y el movimiento en sí- se configura como una forma de solidarizarse con los 131 alumnos de la Ibero. Coloca al resto de la ciudadanía como uno más, como el 132. Estudiantes de universidades como la Anáhuac, ITESM, ITAM, Politécnico Nacional, la Universidad de Guadalajara, el ITESO, y la UNAM, por mencionar algunas instituciones, mostraron su apoyo a través de las redes (el hashtag #YoSoy132 se convirtió en Trending Topic en México, y permaneció así durante alrededor de dos semanas). A través de los social media, sobre todo Facebook y Twitter, se convocó a una nueva marcha nacional, programada para el 23 de mayo de 2012, con la intención de expresar demandas como “...construir un proceso democrático limpio y honesto por parte de los candidatos, instituciones y medios. Exigimos un proceso electoral transparente y claro, buscamos que el voto sea consciente e informado y exigimos la democratización de los medios de comunicación”. Lo que el movimiento buscaba era sacar de la virtualidad a esta especie de “revolución en línea”, y trasladarla a las calles (Blanco Ramírez y Scott Metcalfe, 2017). Para algunos, los eventos de mayo de 2012 inauguraron lo que dio en llamarse la “Primavera Mexicana”.

¿Salidas al laberinto?

Las teorías predominantes que desde hace casi tres décadas pretendían explicar los movimientos sociales (i. e. el paradigma de la movilización de recursos o MR) se centraban en el análisis de las estructuras y de las dinámicas organizacionales, por lo que tendieron a minimizar -o a dejar de lado el papel más espontáneo que desempeña, por ejemplo, la dimensión socioafectiva y la producción de la subjetividad-. De manera similar, los enfoques «tradicionales», por llamarlos de alguna forma, no consideraban que las diversas tácticas y estrategias de acción colectiva están vinculadas tanto a los recursos y las experiencias de los grupos socio-históricamente localizados [y localizados también de manera diferenciada en la estructura social], como al grado en que el movimiento era aceptado como legítimo por la sociedad en general (i. e. el caso del movimiento zapatista hasta hace un par de años). Aunado a ello, en contraste con los sujetos protagonistas de las teorías economicistas de la acción racional y de la MR, el actor de los movimientos sociales contemporáneos —por lo menos teóricamente— construye y es constreñido por un mundo de significados sociales. Éstos están «enraizados» en contextos históricos específicos, y basados en experiencias

e identidades de género, de etnia, de clase, nacionales, etc. Es dentro de estos contextos en que el «nuevo» actor identifica y construye el significado que designa la relevancia de las demandas, los recursos y las oportunidades que conlleva la movilización. Este desplazamiento de la movilización social, y la consecuente emergencia de nuevas prácticas políticas (i. e. el performance) ha hecho que varias herramientas teóricas se hayan agotado. Se requiere explorar nuevos enfoques y conceptos. En última instancia, es preciso profundizar en la elaboración de las bases de una teoría de los movimientos sociales que sea de corte más comprensivo/interpretativo, y que dé cuenta de aquellos procesos que conducen a la construcción social del mundo simbólico de los actores [individuales y colectivos]. Urge, pues, una teoría que considere los componentes culturales y arquitectura subjetivo-afectiva de los movimientos sociales en tanto instancias productoras de sentido.

Ahora bien, es innegable que las prácticas políticas emergentes tienen una trama plural. Tanto las múltiples aristas de problematización como los diversos lenguajes y proyectos que se involucran en éstos permiten pensar en el fin de una visión determinista, lineal y homogénea. Hoy podemos decir que existe una conciencia creciente en torno a perspectivas que consideran las diferencias y las diversidades, así como el surgimiento de formas subalternas de inscribir la realidad (i. e. género, sexo, ecología, etnia, juventud, música, fútbol, telenovelas, carnaval, clase, entre otros). En este sentido, se requiere entender la extrema dinamicidad de nuestra época como una serie de transformaciones entre paradigmas científicos y culturales. Al mismo tiempo, se requiere cuestionar la idea de una metanarrativa única, sin negar con ello la existencia de procesos globales y de regularidades —que no de leyes sociales—.

Se precisa advertir que recurrir a una óptica de regularidad y de centramiento para acercarse al estudio de los movimientos sociales contemporáneos y las prácticas políticas emergentes asociadas a éstos puede llevarnos a construir (en términos de insumos para el proceso de investigación) tramas culturales y científicos con focos o centros privilegiados [sesgados]. Esto es así porque una óptica como la mencionada se encuentra ligada a juicios valorativo-progresistas, a la construcción de certezas, y en última instancia, a la idea positivista de predictibilidad de la conducta humana. De cualquier modo, al llegar a esta parte del texto, más que conclusiones acabadas, quedan implícitas varias dudas. Veamos algunas: ¿es posible acercarse al estudio de los movimientos sociales contemporáneos y

las prácticas políticas emergentes armados con un esquema predefinido, estructurado de antemano, para irlo llenando poco a poco, hasta contar con un panorama descriptivo? ¿Con ello no se correría el riesgo de dejar de lado la emergencia de nuevas formas culturales, de nuevas identidades, de nuevas y diversas prácticas políticas? ¿Cómo acercarse al estudio de lo anterior en tanto que desborda los límites del campo político; y amalgama experiencias instantáneas, narrativas diversas, que producen estilos de habitar sin llegar a conformar identidades largas (i. e. los movimientos sociales de corte ecologista)? ¿Cómo acercarse al estudio de tales prácticas políticas en tanto que producen paisajes caracterizados por formas inéditas de percibir y representar el poder, por nuevos modos de significarlo y reconocerlo? ¿Cómo establecer un nuevo diálogo entre el Estado y la Sociedad?

En este sentido, hoy más que nunca se requiere adoptar una postura. Para ello, hacemos nuestras las palabras de Žižek (1998), cuando señala al respecto que la coyuntura que nos atraviesa es el punto en el que no podemos ceder: se deben preservar las huellas de todos los «traumas, sueños y catástrofes históricas» de los cuales el pensamiento dominante del «fin de la historia» quisiera deshacerse. La sociedad debería convertirse a sí misma en su «monumento vivo» —diría quizá Žižek—, de tal modo que, mientras ésta esté viva, esos traumas sigan marcados. Así, más que encerrarse en un «enamoramiento nostálgico del pasado», la acción colectiva y, particularmente la movilización social, es una vía posible para tomar distancia sobre el presente, una distancia que nos permita comprender los «signos de lo Nuevo». Ello, sin duda, incidiría en el replanteamiento de la relación entre Estado y Sociedad. Sociedad vista y escrita así, con mayúscula.

Referencias

- Arrué, M. (2012). El movimiento estudiantil en Chile (2011-2012): Una lucha contra la discriminación. *Amérique Latine Histoire Et Mémoire*, (24). doi: 10.4000/alhim.4388
- Ávalos, J. (2018). Activismos políticos contemporáneos. Juventudes, movilizaciones y comunicación en Guadalajara. México: IMJUVE.
- Badiou, A. (2006). *Metapolitics*. Londres: Verso.
- Blanco Ramírez, G., y Scott Metcalfe, A. (2017). Hashtivism as public discourse: Exploring online student activism in response to state violence and forced disappearances in Mexico. *Research In Education*, 97(1), 56-75. doi: 10.1177/0034523717714067
- Cabalin-Quijada, C. (2014). Online and mobilized students: The use of Facebook in the Chilean student protests. *Comunicar*, 22(43), 25-33. doi: 10.3916/c43-2014-02
- Calle, A. (2007). Democracia radical. La construcción de un ciclo de movilización global. *Revista de Estudios de Juventud*, (76).
- Cañas, E. (2016). Movimiento estudiantil en Chile 2011: Causas y características. *Revista De Historia Y Geografía*, (34), 109. doi: 10.29344/07194145.34.357
- Cárdenas, C. (2016). El movimiento estudiantil chileno (2006-2016) y el uso de la web social: nuevos repertorios de acción e interacción comunicativa. *Última Década*, 24(45), 93-116. doi: 10.4067/s0718-22362016000200006.
- Castells, M. (2000). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. La fuerza de la identidad*, Tomo II, México: Siglo XXI.
- DeCelles, K., Sonenshein, S., y King, B. (2019). Examining Anger's Immobilizing Effect on Institutional Insiders' Action Intentions in Social Movements. *Administrative Science Quarterly*, 000183921987964. doi: 10.1177/0001839219879646
- De Sousa Santos, B. (2004). *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

- English, K., Sweetser, K. D. y Ancud, M. (2011). political talk: An examination of persuasion appeals in viral video. *American Behavioral Scientist*, 55, 733–748.
- González, I. (2017) *Y sin embargo se mueve. Juventud y cultura(s) política(s) en Jalisco*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (2009). Juventud y democracia en Jalisco, México. En busca de nuevos lugares de condensación de lo político. Ponencia, XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- (2005). Nombrar es crear: una aproximación a la construcción de lo juvenil en México. Jóvenes en la mira. *Revista de estudios sobre juventudes*, I (1).
- Jenzen, O., Erhart, I., Eslen-Ziya, H., Korkut, U., y McGarry, A. (2020). The symbol of social media in contemporary protest: Twitter and the Gezi Park movement. *Convergence: The International Journal Of Research Into New Media Technologies*, 135485652093374. doi: 10.1177/1354856520933747
- Karatzogianni, A., y Robinson, A. (2010). *Power, resistance, and conflict in the contemporary world. Social movements, networks and hierarchies*. Londres: Routledge.
- Korkut, U., Jenzen, O., McGarry, A., Eslen-Ziya, H., y Erhart, I. (2019). *The Aesthetics of Global Protest. Visual culture and Communication*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Labarca, J. (2016). El “ciclo corto” del movimiento estudiantil chileno: ¿conflicto sectorial o cuestionamiento sistémico?. *Revista Mexicana De Sociología*, 78(4), 605-632. Puede consultarse en <http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v78n4/0188-2503-rms-78-04-00605.pdf>
- Lamizet, B. (2010). Semiótica del espacio y mediación. *Tópicos Del Seminario*, (24).
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social*, Gran Bretaña: Oxford University Press.
- Lentin, A. (199). Structure, Strategy, Sustainability: What Future for New Social Movement Theory?, en *Sociological Research Online*, 4(3). <http://www.socresonline.org.uk/4/3/lentin.html>. (Consultado en octubre de 2020).

- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Argentina: Paidós.
- Lim, M. (2018). Roots, Routes, and Routers: Communications and Media of Contemporary Social Movements. *Journalism & Communication Monographs*, 20(2), 92-136. doi: 10.1177/1522637918770419
- Masquelier, C. (2013). Critical theory and contemporary social movements. *European Journal Of Social Theory*, 16(4), 395-412. doi: 10.1177/1368431013484201
- Melgaço, L., y Monaghan, J. (2018). *Protests in the information age. Social movements, digital practices and surveillance*. Londres: Routledge.
- Mouffe, C. (1993). *The return of the political*. Londres: Verso.
- Reed, J. (2014). Social Movement Subjectivity: Culture, Emotions, and Stories. *Critical Sociology*, 41(6), 935-950. doi: 10.1177/0896920514524607
- Reguillo, R. (2002). Jóvenes y esfera pública. *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2000*, México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Rorty, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*, España: Paidós.
- Rossi, F., & Bulow, M. (2016). *Social movement dynamics. New perspectives on theory and research from Latin America*. Londres: Routledge.
- Sancho, G. (2014). Networks, insurgencies, and prefigurative politics: a cycle of global indignation. *Convergence: The International Journal Of Research Into New Media Technologies*, 20(4), 387-401. doi: 10.1177/1354856514541743
- Smink, V. (2011). Las razones de las protestas estudiantiles en Chile. Consultado el 10 de octubre de 2020. La nota puede verse en https://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/08/110809_chile_estudiantes_2_vs.
- Tarrow, S. (2005). *The new transnational activism*, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Tatarchevskiy, T. (2011). The 'popular' culture of internet activism. *New Media & Society*, 13(2), 297-313. <https://doi.org/10.1177/1461444810372785>.
- Theocharis, Y. (2011). Young people, political participation and online postmaterialism in Greece. *New Media & Society*, 13(2), 203-223. <https://doi.org/10.1177/1461444810370733>.

- Thiele, L. (2002). *Thinking politics. Perspectives in Ancient, Modern, and Postmodern Political Theory*. New York: Chatham House Publishers.
- Thompson, J. (1998). Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Touraine, A. (1998). *¿Podremos vivir juntos?*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Treré, E. (2018). The Sublime of Digital Activism: Hybrid Media Ecologies and the New Grammar of Protest. *Journalism & Communication Monographs*, 20(2), 137-148. doi: 10.1177/1522637918770435
- Van De Donk, W. (2004). *Cyberprotest: new media, citizens and social movements*, Londres: Routledge.
- Žižek, S. (1998). *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*, Argentina: Paidós.